

L A colonia de Andalucía es un grupo de viviendas construidas hará unos veinte años. Está cerca de la zona de Legazpi, junto a las Carolinas. No es muy extensa y se comunica con el resto de la ciudad por una carretera llena de baches que llega hasta la barriada de San Fermín, con su plaza en cuesta tan mal iluminada y un solar donde se desguzan coches y que ahora los vecinos quieren que no ocurra así (por eso se tumban en el roto asfalto e interrumpen el tránsito que se amontona y suena la irritante bocina). Están muy cerca las dos zonas, se puede ir andando o en el rojo autobús que bota y bota. Muchos jóvenes de San Fermín pasan el rato en la colonia, más tranquila, menos afectada por la contaminación, que en este otoño llega con la noche, sin que sirva de nada el ligero viento Sur. A los vecinos de la colonia no les gusta que vayan porque dicen que son peligrosos, que en ese barrio hay muchas bandas de delincuentes.

Las casas de la colonia nunca tienen más de cuatro pisos y unas están hechas con ladrillo rojo y otras con ladrillo blanco. El bloque número 9 de la calle Generalife es blanco. La calle Elizondo, cuando se cruza con Generalife, se ensancha y forma una especie de plazuela que en el Ayuntamiento dicen que no existe y por eso no tiene nombre, aunque la urbanizadora dice que estaba señalada en los planos que entregó a la gerencia de urbanismo. No tiene nombre y tampoco hierba, aunque sí unos árboles plátano que no terminan de crecer, un puesto de venta de periódicos y una cabina telefónica en la primera esquina, según entras.

Junto al número 9 de la calle Generalife hay una joyería de nombre Mimoga. Hace un tiempo fue traspasada porque parece que los dueños se dedicaban a comprar objetos robados, eran *peristas*. La joyería está ahora cerrada, echada la persiana metálica, pintada de color amarillo, en el centro el nombre radiante de una marca de relojes. En el ángulo superior izquierdo, según se mira, hay un anuncio luminoso que ya no se enciende por las noches. Algunos vecinos creen que, a consecuencia de



SUCESOS

En defensa de las joyas de su hijo

GONZALO GOICOECHEA

los hechos, nuevamente está en traspaso el establecimiento. Primero un robo de más de un millón y, a los pocos días, un asalto en el que murió uno de los ladrones. Los actuales dueños viven ahí mismo, encima de la joyería, nadie sabe en qué piso. No quieren hablar, aunque dicen los vecinos que el ministro del Interior le ha dado una condecoración por lo que hizo.

Guardia civil jubilado

Casildo Gómez Martínez tiene cincuenta y un años y es guardia civil jubilado. Solía atender el negocio de su hijo, Pedro José Gómez Mialdea, de veinticuatro años, que también trabaja el género al por mayor. Hace dos semanas, Casildo Gómez estaba comiendo en el bar Los Pinchos con unos conocidos. Habla cerrado la joyería con llave, pero no había echado la persiana metálica porque era sólo por un rato, a pleno día. De pronto

oyeron un ruido seco, y luego uno de cristales rotos. En seguida pensaron en el Banco que hay en la esquina de enfrente. Pero era en la joyería de su hijo. Tres jóvenes salieron corriendo y la persecución del guardia civil jubilado fue inútil. El botín se calculó en más de un millón de pesetas, casi todo lo del escaparate.

En el segundo atraco, sin embargo, no se pudieron llevar nada. Uno de los jóvenes dejó la vida, el cuerpo muerto, tumbado bocarriba, sobre la acera. Después de ocurrido todo, los vecinos recordaron que hacía muchos días que un grupo de muchachos con mala pinta habían pasado muchas horas observando algo. Pensaron que el objetivo sería el Banco de la esquina, pero se confundieron.

El martes 24, poco antes de las ocho de la noche, el hombre del quiosco vendía periódicos, el de la bodega servía vino, el de la droguería atendía a las mujeres que compraban detergente. En la joyería, Ca-

sildo Gómez y su hija se preparaban a cerrar mientras Pedro José se ocupaba de algo en la trastienda. El coche marca Simca 1200, de color rojo, matrícula GU-18689, fue aparcado junto a la droguería, en dirección a la derecha para no perder tiempo. Los muchachos lo habían robado y arrancado mediante un puente. El conductor se quedó dentro. Por el momento no ha sido todavía ni identificado ni detenido. Rafael, Ramiro y Eduardo salieron y se dirigieron a la joyería. Eduardo, *el Sevillano*, había tenido suerte hacía seis días, un palo de butí, colega. Esta vez no le acompañaban ni *el Mosqui* ni *el Besugo* porque los habían cogido la *pasma* como a casi toda la banda, una *basca* legal que te lo digo yo, hacía unos días. A él no. El, *el Sevillano*, iba en una *loca*, un Renault 12, con *el Fittipaldi* y se abrió y no le trincaron. La *recortá* la llevaba él, los otros una de mentira y una navaja. ¡Alto, esto es un atracol! En la calle, en los establecimientos

próximos, seguía la actividad normal. El sonido, varias veces repetido, de un disparo la interrumpió. El droguero empujó a su niña hacia dentro, al cuarto trastero. En el bar y en la bodega se hizo un silencio repentino y espontáneo. El hombre del quiosco pensó que serían los chavales con los petardos que él les vende. Pero el sonido era otro, eran disparos, y tantos que parecía que se hubiera gastado todo el cargador. Se asomaron a la calle. Pudieron ver a dos chavales que salían corriendo y se montaron en un coche que arrancó en seguida y torció por Alcazaba. "Linda", la perra —bastarda de pastor y lobo— del quiosquero, no se abalanzó juguetea como cuando oye la explosión de los petardos que los críos hacen estallar en los portales. En la acera, junto a la

cían dentro del establecimiento. Un vecino fue a la cabina telefónica y llamó al 091. Comunicaba. Pedro José seguía golpeando ciego con la culata, diciendo que lo tenía que matar. El vecino consiguió el teléfono de la Guardia Civil de San Fermín y llamó. No comunicaba. Pero no descolgaban el aparato. *El Sevillano* yacía en la acera, los brazos extendidos; el joyero se calmaba. Apareció una *yogurtera* y a alguien se le escapó como una increpación: "¿Dónde os metéis?". En un furgón el cuerpo de Eduardo Sánchez Sela fue llevado a La Paz. El hombre que llamó por teléfono piensa que ya debía estar muerto. Oficialmente se informó que murió al poco de llegar a la clínica. Pasado el tumulto, Casildo Gómez fue visto salir de la joyería con el arma en la mano,

más enfilar por la calle Alcazaba chocaron frente al número 3, con otro coche que estaba allí aparcado. Como nadie les siguió, nadie se dio cuenta. Se fueron a pie, es posible que en busca de otro coche, otra *loca* que los llevara lejos. Estaban ellos heridos también. De madrugada llegaron a La Paz. Separados. Para que no sospecharan. Fueron de una punta a otra de Madrid cuando podían haber ingresado en la clínica Primero de Octubre, que está enfrente de la colonia de Andalucía. Y no les sirvió de nada: los policías hacen guardia frente a su habitación.

Según la Policía, los asaltantes comenzaron a zaherir e insultar a la muchacha desde el primer momento. Casildo Gómez no pudo contenerse y sacó su pistola. *El Sevillano*, con la rapidez de los héroes televisivos, disparó su *recortá*. La lluvia de perdigones tan sólo rozó el hombro del guardia civil jubilado. El señor Gómez tiró y tiró hasta que se acabaron las balas. Los tres muchachos fueron heridos y dos pudieron escapar, a pesar de que los vecinos comenzaban a llegar al lugar. José Pedro Gómez Mialdea alcanzó al *Sevillano* y le arrebató el arma tras un forcejeo.

Los vecinos tienen miedo, están amedrentados después del atraco. No quieren que se publique su nombre y otros se niegan a hablar. Dicen que es igual que los detengan porque luego los sueltan a los quince días. Y además muchos jóvenes de San Fermín pasan por la colonia con malas caras, chulillos provocadores del suburbio ciudadano. Tras los hechos, unos chicos pasaron y dijeron que el dueño de la joyería era un criminal porque había rematado al chaval a culatazos y que eso lo tenía que pagar. Hay como una especie de venganza futura en el aire y, aunque la amenaza tal vez no haya sido lanzada, existe alimentada por el temor de los que consideran urgente la creación de una Comisaría en la colonia. Las comunidades de propietarios se van a unir para solicitar protección, un cuartelillo o un puesto de la Policía Armada. Hay quien cree que no servirá para nada y recuerda que, en el barrio de al lado, hay un cuartel de la Guardia Civil y, a unos metros,

un quiosco de periódicos que ha sido robado ya seis veces. Con el calor amigable de unos vinos los hombres charlan calmosos y discuten tímidamente, aunque compartan la inseguridad. Peor estaba España cuando Primo de Rivera y llegó el general inculto —el calificativo no lo emplean— e impuso paz. Pero le llamaron dictador porque el pueblo no quiere dictadura. Así que el dilema es duro y esos chicos que siguen viniendo y mirando altivos y engreídos.

Eduardo Sánchez Sela había nacido en Sevilla hace diecinueve años. Según la Policía, era delincuente habitual. El 17 de julio de 1977 fue detenido en la ciudad andaluza por sustracción de motocicleta y robo en el interior de un turismo. A los doce días —"fíjese qué poco tardaron en ponerlo en libertad"— era detenido nuevamente, ya en Madrid, por robo de vehículo. Se le acusa de haber participado en 53 asaltos formando parte de bandas de delincuentes. Una de ellas, la más importante, era la de *el Gasolina*. Casi todos los componentes han sido detenidos. Se movían por Vallecas y Usera. En la madrugada del día 20 cayó todo el mundo. Uno de los pocos que logró escapar de la persecución policial fue *el Sevillano*. Tuvo más suerte que *el Gasolina* —catorce años y jefe, ahora compañero de prisión de *el Jaro*, allá en la cárcel de Zamora, donde antes estaban los curas—. Tuvo más suerte que *el Butano*, *la Chinorri*, *el Mosqui*, *el Besugo*, *Manitas de Plata*, *el Rizos*, *el Colega* o *el Fittipaldi*. Con ellos corrió muchos riesgos, se hizo tiendas y coches. Y luego a correr, perseguidos por *la botía*, adolescentes enloquecidos con aventuras mortales, niños delincuentes asociados, hermanados en el peligro, en la marginación.

Los colegas al *talago* y *los maderos* que han recuperado todo. Hay que volver a la joyería, *los legales* no faltan. Un coche tampoco. Pero no lo necesitó. Huyó de la Policía pero no escapó de un arma jubilada. Nunca más tendrá que robar una cinta ni un magnetófono para poder oír a Los Maravilla o a Los Chichos. Le gustaban, como a toda la banda, mucho. *Les tardaban* cantidad. ■



A Eduardo Sánchez Sela, diecinueve años, le llamaban el Sevillano.

tienda, los vecinos que se iban congregando poco a poco, asistían mudos a la pelea entre Pedro José y *el Sevillano*, que sujetaba la escopeta de caza con los cañones recortados. *El Sevillano* cayó al suelo y ya no se levantó. Pedro José gritaba histérico: "Hijoputa, te voy a matar a ti". Con la culata golpeaba el vientre indefenso del muchacho. Y golpeaba tanto y gritaba tanto que algún vecino le advirtió: "Ya está bien, que lo vas a matar, no seas bestia". Pero él seguía como loco, obcecado en su indignación. El padre y la hermana permane-

como si la estuviera limpiando o, tal vez, como si estuviera atascado cualquiera de sus mecanismos.

Una venganza en el aire

Al día siguiente en el quiosco se agotaron los periódicos de la tarde. Y al siguiente también. Unos a otros se contaron lo que habían visto. Lo que ocurrió dentro lo dijo la Policía, tras tomar declaración a Casildo Gómez y detener a los dos colegas de Eduardo. No habían tenido suerte. Nada